

THE HOMILY FOR THE 5TH SUNDAY OF LENT, YEAR A. 2026

Readings. Ezekiel 37:12-14. Romans 8:8-11. John 11:1-45

Our theme this weekend: In Jesus, we are all alive.

Dear beloved of God,

Today, we celebrate the Fifth Sunday of Lent, and the Church invites us to reflect on what death means to us believers. It is common knowledge that all of us have at different times lost our dear ones. The theme of this Sunday concludes a series of five different themes of Lent. With this theme we dive deeper into the mystery of Easter.

All the three readings are tied up by one theme: to die and to live.

One of the things we fear most in this world is death. Through death we literally disappear from this world of experience, we call it a necessary evil. It is through physical death that we are born into eternal life. It is a bitter-sweet experience. Because of our human nature, there is a kind of death we experience here on earth before we literally exit this world. This kind of death is what prophet Ezekiel describes in the first readings. It is what St. Paul is reminding us about in the second reading when he talks of being in the flesh when we are supposed to live in the Spirit, or to be alive in God. The evil temptations we face in this life threaten our future eternal life.

We are encouraged to detach ourselves from whatever is sinful, so as to live as free children of God.

The Jewish people, living in the land of Exile-Babylon, experienced the kind of suffering that was equated to real physical death. They felt that God had let them face their fate. They are described as a people without hope of survival. In this predicament, prophet Ezekiel utters a prophecy of hope and restoration; using very dramatic and figurative expressions of dry bones. ***This is a reminder of God's mercy to us, when we are in those difficult moments of our lives.*** When faced with difficult situations, it is easy to develop a feeling that God has abandoned us. There is a temptation of feeling that the God you trust seems not to care. But remember, it is in those difficult moments of our lives that our faith is

strengthened. God does not promise a life without pain or suffering. And so, there is no perpetual life on earth.

During this Lent, before Jesus faces His agony and passion of the cross, the Church wants us to reflect on the miracle of life. We are all familiar with the Biblical narrative of Jesus raising Lazarus back to life. He was physically dead. Jesus performed this miracle to show God's glory to people whose faith was not so strong to believe in eternal life. **The words of Martha and Mary, "Lord, if you were here, our brother would not have died", are reflective of our own weakness when we lose a dear one. Sometimes we say, "This person we loved, has gone too early". We also ask, "Why did God allow this to happen"?.** When these thoughts ring in our minds, we hear Jesus' response: " I am the life and the resurrection, anyone who lives and believes in me will never die".

Dear beloved of God, as we approach Easter, let's bear in mind that our life of faithful discipleship involves pain, suffering and trials which will eventually lead to death, but physical death is not the answer of our hope; it is a necessary passage to Eternal life. **We will understand and experience the joys of Easter if we are ready to accept this bitter-sweet truth.** Let's challenge ourselves today, and try to raise our eyes beyond the sufferings we encounter here on earth. In Jesus, we are all alive, because we have received the Spirit of life and not of death.

The theme of being alive in Christ, takes us to another level. We the Church, are a pilgrim people. The Story of Lazarus being raised from the dead is our story too; that when we come face to face with mortality, we should not be discouraged, or complain against God. Rather, we should look toward the future where God's promises of eternal life will be fulfilled. Death is not the end; the end is eternal life in God. AMEN. *Rev. Fr. Silverino Kuebuga, SJ- Pastor.*

HOMILÍA PARA EL V DOMINGO DE CUARESMA, CICLO A. 2026

Lecturas: Ezequiel 37:12-14. Romanos 8:8-11. Juan 11:1-45

Nuestro tema para este fin de semana: En Jesús, todos estamos vivos.

Queridos amados de Dios:

Hoy celebramos el Quinto Domingo de Cuaresma, y la Iglesia nos invita a reflexionar sobre lo que significa la muerte para nosotros, los creyentes. Es de

conocimiento común que todos nosotros, en diferentes momentos, hemos perdido a nuestros seres queridos. El tema de este domingo concluye una serie de cinco temas distintos propios de la Cuaresma. Con este tema, profundizamos en el misterio de la Pascua.

Las tres lecturas están unidas por un mismo tema: morir y vivir.

Una de las cosas que más tememos en este mundo es la muerte. A través de la muerte, desaparecemos literalmente de este mundo de la experiencia; la llamamos un mal necesario. Es a través de la muerte física que nacemos a la vida eterna. Es una experiencia agri dulce. Debido a nuestra naturaleza humana, existe un tipo de muerte que experimentamos aquí en la tierra antes de abandonar literalmente este mundo. Este tipo de muerte es la que el profeta Ezequiel describe en la primera lectura. Es aquello que San Pablo nos recuerda en la segunda lectura, cuando habla de vivir «según la carne» cuando, en realidad, deberíamos vivir «según el Espíritu» —o estar vivos en Dios—. Las tentaciones malignas que enfrentamos en esta vida amenazan nuestra futura vida eterna.

Se nos exhorta a desprendernos de todo aquello que sea pecaminoso, para así vivir como hijos libres de Dios.

El pueblo judío, mientras vivía en la tierra del exilio —Babilonia—, experimentó un tipo de sufrimiento que se equiparaba a una verdadera muerte física. Sentían que Dios los había abandonado a su suerte. Se les describe como un pueblo sin esperanza de supervivencia. En esta difícil situación, el profeta Ezequiel pronuncia una profecía de esperanza y restauración, utilizando expresiones muy dramáticas y figuradas, como la de los «huesos secos». **Esto nos sirve como recordatorio de la misericordia de Dios hacia nosotros, especialmente cuando atravesamos esos momentos difíciles de nuestra vida.** Al enfrentarnos a situaciones adversas, resulta fácil desarrollar la sensación de que Dios nos ha abandonado. Surge la tentación de sentir que a ese Dios en quien confiamos parece no importarle nuestra situación. Pero recuerden: es en esos momentos difíciles de nuestras vidas cuando nuestra fe se fortalece. Dios no promete una vida exenta de dolor o sufrimiento. Y, por consiguiente, no existe una vida perpetua en la tierra.

Durante esta Cuaresma —antes de que Jesús afronte su agonía y la pasión de la cruz— la Iglesia desea que reflexionemos sobre el milagro de la vida. Todos

estamos familiarizados con el relato bíblico de Jesús resucitando a Lázaro. Él estaba físicamente muerto. Jesús realizó este milagro para manifestar la gloria de Dios a aquellas personas cuya fe no era lo suficientemente firme como para creer en la vida eterna. **Las palabras de Marta y María —«Señor, si hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto»— reflejan nuestra propia fragilidad cuando perdemos a un ser querido. A veces decimos: «Esta persona que amábamos se ha ido demasiado pronto». También nos preguntamos: «¿Por qué permitió Dios que esto sucediera?».** Cuando estos pensamientos resuenan en nuestra mente, escuchamos la respuesta de Jesús: «Yo soy la vida y la resurrección; todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás».

Queridos amados de Dios: a medida que nos acercamos a la Pascua, tengamos presente que nuestra vida de discipulado fiel conlleva dolor, sufrimiento y pruebas que, a la postre, nos conducirán a la muerte; sin embargo, la muerte física no constituye la respuesta a nuestra esperanza, sino que es un tránsito necesario hacia la Vida Eterna. **Comprenderemos y experimentaremos las alegrías de la Pascua si estamos dispuestos a aceptar esta verdad agri dulce.** Desafiémonos hoy a nosotros mismos e intentemos alzar la mirada más allá de los sufrimientos que encontramos aquí en la tierra. En Jesús, todos estamos vivos, pues hemos recibido el Espíritu de vida, y no el de muerte.

El tema de estar vivos en Cristo nos eleva a un nivel superior. Nosotros, la Iglesia, somos un pueblo peregrino. La historia de la resurrección de Lázaro es también nuestra historia: nos enseña que, cuando nos enfrentamos cara a cara con la mortalidad, no debemos desanimarnos ni quejarnos ante Dios. Por el contrario, debemos dirigir nuestra mirada hacia el futuro, donde se cumplirán las promesas de vida eterna que Dios nos ha hecho. La muerte no es el fin; el fin es la vida eterna en Dios. AMÉN. *Rev. P. Silverino Kuebuga, SJ – Párroco.*